



Leopoldo Panero (1909-1962), el 'poeta del Régimen', y Felicidad Blanc (1913-1990). Leopoldo María creció en la localidad de Astorga como la oveja negra de la familia, es por eso que recitaba «Soy el negro, el oscuro/ ardiendo está mi nombre», en Auto de fe. Tampoco congeniaba con su hermano mayor, el también poeta Juan Luis Panero (1942-2013), tan solo Michi Panero (1951-2004), el menor de los tres hermanos, era el que más le toleraba.

▶ **Alberto García Saleh:**
«Los periodistas escribían sobre él con soma por su condición mental»

El primer troteo con el verso tuvo lugar cuando el poeta poseía la escasa edad de tres años

En el documental *El desencanto* (1976), controvertido por la crudeza de las declaraciones, la familia entera reprochaba las actuaciones del cabeza de familia ya fallecido, tachándole de alcohólico y adúltero por frecuentar burdeles. Unos personajes sobresalientes cada uno en su papel, que a la cámara de Jaime Chávarri abrumaba por su desbordada personalidad. Un joven Leopoldo María hablaba con su habitual cigarrillo y estallaba sin pudor contra sus cosanguíneos: «He sido el chivo expiatorio de toda mi familia. Me han convertido en el símbolo de lo más detestaban sobre ellos mismos, pero creo que estaba en ellos y no en mí», decía.

Fruto de varios intentos de suicidio fallidos y el troteo con las drogas, fue despedido por su viuda madre intermándole en diferentes psiquiátricos. «Yo he muerto más veces que ningún muerto», recitaba. El poeta sobrevivió a sanatorios de Madrid, Barcelona, Zaragoza, Reus, Pamplona, Mondragón... nunca duraba demasiado en ellos, porque acababa dándose a la fuga. Entre ellos residió en el Hospital Psiquiátrico Insular, desde el año 1997 hasta el 2014, cuando fallece. «Los médicos dicen que te curan, pero lo que hacen es matarte la imaginación». Y es que para él, la creatividad era la cualidad de los niños, época a la que huía mentalmente cuando la realidad se tornaba gris.

«Él tiene un texto famoso que es *Unas palabras para Peter Pan* y yo creo que él es un poco Peter Pan, ¿sabes? El niño que nunca creció», comenta Adolfo García. El Esdrújulo cerrado y una década del fallecimiento de Panero, su compañero de fatigas durante las tardes. Si hay alguien que pasó tiempo con el poeta durante su residencia en Gran Canaria, ese fue García. «Le costaba encontrar su lugar en la sociedad, en la sociedad de los adultos y

por eso él iba a su aire con su norma», recuerda.

Leopoldo María Panero fue poeta sin saber leer ni escribir. De mente prodigiosa, estrenó sus primeros versos a la edad de tres años. El primer troteo con el verso, cuando no sabía ni qué era un verso. «Los poemas que escribí a esa edad, irónicamente, anticipaban todo lo que sería mi posterior poesía». Prosa madura que sus padres ignoraban por el miedo a lo que vaticinaba: «Los libros hablaban y hablaban, pero Dios decía, 'Pronto se acabará el mundo'».

Recitar a borbotones

Quizás sea por todo este entramado de traumas afincados en la mente de Panero, que su forma de recitar poesía nacía como si las palabras brotaran de dentro hacia afuera. No lo hacía con florituras, ni adornos en la voz, sino con un carácter gótico y siniestro. Así fue como dejó atónito al periodista de este mismo medio, Alberto García Saleh, en los jardines del Hospital. «Cuando se escribía sobre él, los periodistas lo hacían con mala idea. En un sentido burlesco por su condición mental», explica. «Sin embargo, si se le humanizaba era una persona en la que se entreveía grandes atisbos de lucidez. Uno de los mejores poetas españoles hasta la fecha».

Su locura era algo a lo que no le daba demasiada importancia. «Todos estamos locos, de lo que se trata es de que no nos descubran, como a mí». Panero sufre de la fenomenología Tal y como le ocurre a Vincent van Gogh. Hombres deformados por el amarillismo exaltador de la locura y fuertemente deshumanizados. Contra todo pronóstico, si se lee su historia con capacidad de abstracción y suficientes nociones de empatía, podrá llegarse a la conclusión de que Panero es uno de los pocos seres humanos congruentes que han transitado por esta loca realidad.

▶ **Allá donde esté,**
dejará tras de sí un rastro de cenizas dirigido a sus típicos ceniceros

«Leopoldo puede ser todo o nada» recordaba en voz alta su madre durante una secuencia de *El desencanto*. Era la frase que le había dicho uno de los profesores del Liceo Italiano. Leopoldo brillantemente respondía: «El fracaso es la más resplandeciente victoria». Durante su vida, aprendió a vivir con la condena de genio incomprendido.

Allá donde esté, dejará tras de sí un rastro de cenizas dirigido a sus típicos ceniceros colmados de cigarrillos a medio consumir. Leopoldo María Panero, hijo de ninguna parte, encontró de manera accidental en Las Palmas de Gran Canaria una ciudad a la que poder llamar hogar.

Generación I



POR
Arantxa Rufo
ESCRITORA

Más allá de las novedades

Vivimos en un mundo, bueno, vivimos en un mundo de muchas cosas y cada uno podría aportar las suyas, pero hoy quiero decir que vivimos en un mundo de sobreestimulación en temas de ocio.

Cuando yo era pequeña, veíamos dos o tres series en casa; cada una tenía su noche de emisión y ese día era el día de la serie tal, nos sentábamos ante la tele, casi como un ritual, y hasta la semana que viene. Lo mismo con la música; mis grupos favoritos sacaban un disco al año, los más prolíficos, y de tanto oírlos me aprendía el orden de las canciones, las letras y hasta el productor de cada álbum. Y los libros, es

blo de la última novedad editorial, se comparte y comenta, si hablo de algo anterior, tan antiguo como el año pasado, nadie reacciona, eso ya no está de moda, ya se olvidó, ya desapareció de los escaparates y la mesa de novedades.

No se pueden imaginar la cantidad de novelas antiguas, antiguas de verdad, que he leído y me han fascinado, que me han hablado con la misma claridad que si se hubieran escrito ayer.

¿Cuántos clásicos no habrían llegado a serlo nunca si se les hubiera dado la esperanza de vida que tienen las novelas de hoy?

Cuando un escritor en ciernes me pide un consejo

siempre digo «lee». Y hoy añado «lee clásicos. No te limites a las novedades, no leas a toda velocidad para añadir un título más a la lista del año». La lectura no es una carrera y el número final no significa nada. Hay que leer, disfrutar, releer lo que nos gustó una vez, para volver a emocionarnos, y también lo que no nos gustó, por si descubrimos algo nuevo.

El ser humano debe mirar hacia delante para seguir evolucionando, pero también hacia atrás, para no olvidar de dónde venimos, y creo que hoy en día eso hace más falta que nunca.



Es cierto que no había tanta variedad en literatura juvenil como ahora, pero tampoco esa necesidad de leer lo nuevo de este y de aquel

Y es que, en lo que antes esperaba por el nuevo capítulo, hoy tengo que ver dos temporadas completas de la serie de moda. ¿Y leer libros antiguos? Ni en broma, cuando hay tanta novedad semana a semana. Parece que la sociedad te fuerza a mirar siempre para adelante. Si en mis redes sociales ha-